

LA TORPEZA DEL HÉROE

MARTÍN HIDALGO

LA TORPEZA DEL HÉROE



1ª edición, 2015

Diseño de la cubierta: MEDEFINE Ingeniería y Marketing

Fotografía: Juan Martín Beardo

Editorial DALYA

Jilguero 14

11100 San Fernando

www.edalya.com

© del texto, Martín Hidalgo

© Desarrollo de Ámbitos de Lectura y Aprendizaje S.L.

Reservados todos los derechos sobre este libro. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, multimedia o digital, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-943516-3-1

Depósito Legal: CA 81-2015

Impreso y encuadernado en MASQUELIBROS

Printed in Spain / Impreso en España

*A Rebecca,
la primera letra de cada palabra que escribo
mi punto y seguido*

INDICE

Victoria derrotada _____	13
Ídola Morbus _____	23
The thrill is gone _____	31
Ojalá nos trataran como animales _____	41
El mimo inquieto _____	47
Coco perdió la cabeza _____	59
Román Cienfuegos, poet@ virtu@l _____	63
Alba al alba. ¿Una nana para niños? _____	67
Ya no escribiré más tu nombre (I) _____	71
Te pierdo (II) _____	73
Al fin una historia de amor _____	75
Trágico destino el de Marcel _____	89
Razones de seguridad _____	107

El último viaje de Horacio Samper	123
Nudo borgiano	125
El ignorante autodidacta	131
Paz se levantó tarde	139
Félix se dejó morir	143
La certificación	151
El abrigo	159
¿Por qué escribir?	173

*El hombre de hoy vive a alta presión,
ante el peligro de la aniquilación y la muerte,
de la tortura y la soledad.*

*Es un hombre de situaciones extremas,
ha llegado o está frente a los límites últimos de su existencia.*

*La literatura que lo describe e indaga no puede ser, pues,
sino una literatura de situaciones excepcionales.*

Ernesto Sábato

Victoria derrotada

Cuando todo aquello empezó, justo cuando escuchó los primeros gritos, Jakub Bester se hallaba caminando como cada noche por el Parque Saski. Aunque el trayecto de vuelta fuera por allí más largo, le gustaba recorrerlo en silencio, con paso tranquilo, permitiéndose a veces dar un puntapié a una piedra o a un papel. Sólo allí comenzaba a disfrutar de haber terminado el turno. Sin embargo, el silencio de aquella noche no era familiar. Ese no era el silencio del parque Saski. En cuanto los escuchó supo quiénes eran. Obvia deducción, pues no podían ser otros. Comenzó a correr antes de comprender siquiera que debía hacerlo. Sacó las manos del abrigo y lanzó una furtiva mirada a sus espaldas, comprobando que eran cuatro y dos perros. No hubiera hecho falta; en el *ghetto* era conocido por todos que si escuchabas gritar tu nombre a tu espalda debías correr lo más rápido que pudieras, cuanto tiempo hiciera falta. Las patrullas de las SS tenían todo el tiempo del mundo para atraparte y hacerte desaparecer, pero tú sólo tenías, quizás, unos pocos metros más de vida. Tras las primeras zancadas, Jakub comenzó a sentir una enorme presión en la boca del estómago que parecía licuarse en el pecho, pero que, sin embargo, volvía a aparecer, ardiente y desbordada, desde la base de la garganta. Mientras corría y sin que esto mermara su ritmo, comenzó a recordar muy vivamente algunas imágenes, momentos dispares que se sucedían con irregular frecuencia; algunos pasaban vertiginosamente, mientras que otros parecía

verlos a un ritmo muy lento. Podía oír voces, algunas cansadas, otras apresuradas y veloces. Pudo ver durante unos segundos imágenes del *incidente*; el tipo tumbado en el suelo, Jakub maldiciéndole a gritos después de golpearle. Solo cuando recordó la cara de aquel comerciante alemán después de levantarse, pudo comprender la razón de aquella extraña sonrisa, el porqué de las carcajadas con las que se despidió. El tipo era un proveedor de las tropas y tenía buenos contactos. Sabía que sería fácil devolverle aquel puñetazo multiplicado por mil. Y no precisamente de su propio puño. Por una cajetilla de cigarrillos y un par de rondas de cerveza, cualquier patrulla estaría encantada de sacar a sus perros de *caza* para consumir una venganza ajena. En cuanto dejó el parque atrás tomó la calle Gesía. Notó el aire espeso, casi impenetrable, como si corriera contra un muro de tocino. Se desabotonó el abrigo a la vez que recordaba al viejo Lazlo haciendo la misma operación, lento y ceremonioso tras salir del culto. Pudo ver muy claramente sus manos, aquellos dedos ya encorvados y repletos de historias, procediendo amablemente sobre el botón y el ojal. Justo en ese instante ellos doblaron la esquina de la calle. Pudo oír los gritos y los ladridos, fragmentados en secuencias de ecos, mezclados en ráfagas que rebotaban de un muro a otro de la calle. Trató de concentrarse en cada una de sus zancadas, conocer de antemano dónde tendría que colocar el pie en el paso siguiente. Los adoquines parecían iluminarse indicando dónde habría de dar la siguiente pisada. Algunos tardaban mucho en hacerlo y a veces tenía que cambiar la trayectoria del pie en el mismo aire, lo que le hacía desequilibrarse y estar a punto de caer. Una de las veces que ocurrió pudo ver al pequeño Mischa tambaleándose de un lado a otro del pasillo

mientras daba sus primeros pasos. Lo escuchó llorar mientras pedía ayuda para levantarse.

Durante todo aquel día Red Johnson tuvo una extraña sensación, amable y cómoda, aunque extraña al fin y al cabo. A pesar de su metro ochenta y cinco y sus setenta kilos de peso, sentía una inusual ligereza, como si apenas se posara sobre el suelo. Lo percibió muy claramente ya en el estadio, en cuanto comenzó a dar las primeras carreras de calentamiento. Luego, cuando terminó de atarse las zapatillas, se incorporó y pudo comprobar cómo apenas las notaba, como si continuara aún descalzo. Todos aquellos blancos lo miraban con unos ojos a los que Red ya estaba más que acostumbrado. Una mirada de desprecio, pero a la vez de temor. Se tapó el rostro con las manos y ya en lo oscuro, se concentró en el griterío de las gradas. Los jueces chillaban consignas que apenas se entendían. Pudo aislarlo todo en un solo sonido, un lejano y circular aullido. Se imaginó por un momento solo en un desierto, de pie, con la cara hacia abajo rodeado de un torbellino de arena y gravilla. Se quitó las manos de la cara y las apoyó en la cintura mientras subía la cabeza. Abrió los ojos y los llenó de un azul apagado. Un par de nubes apenas dibujadas se dispersaban sutilmente hacia el oeste, dejando un rastro de malva casi imperceptible. Pudo ver a la tía Mae bajo ese mismo cielo, sentada en la mecedora del patio, balanceándose lentamente mientras susurraba canciones de los campos, adormecida y solitaria. Se inclinó sobre la línea, repitió los mismos movimientos como si se trataran de una ceremonia ancestral. Miró por última vez la pista, las calles desapareciendo al fondo como si se extraviaran tras la primera curva. Cerró los ojos, le gustaba esperar el disparo de salida en aquella negrura. Siempre se

repetía la imagen de aquel *hermano* arrodillado, aguantado por dos policías blancos al tiempo que otro lo encañonaba por la nuca mientras le gritaba algo. No podía escucharlos, aquella escena de gritos y llanto desesperado se le aparecía en completo silencio hasta que sonaba el disparo. Justo cuando el chico se derramaba contra el suelo, Red abrió los ojos y comenzaba a correr, como si huyera de aquella imagen, como si lo único que quisiera fuera dejarla atrás lo antes posible. Dio la primera zancada con la pierna derecha y pudo percibir que todos los músculos se armaban, como si cada milímetro de ellos se activaran a una sola vez, destinados todos a una misma misión. Notó el aire tibio rozar su rostro, como si corriera por un pasillo de finos visillos. Se sentía ligero a la vez que sólido; toda aquella carne negra curtida de siglos de soles y huidas, se adentraba en el aire ágil y rotunda. Se vio corriendo en la sabana, huyendo de los campos de algodón, escabulléndose de la última redada. Acumuló todas esas carreras en sus piernas, como si todas aquellas fugas ancestrales merecieran una victoria redentora. Encaró la primera curva ya destacado, dejando atrás una estela de cristales dorados. Sabía que tras ese inicio eléctrico debía estabilizar el ritmo después de pasar por el primer doscientos. Pudo escuchar a *Papa Joe* gritarle desde la grada: «*slow down, Red! Easy man, easy!*» Aquel viejo loco se desgañitaba en la primera fila, apretando entre las manos esa ridícula gorra que siempre llevaba. Aquella sería también su victoria, porque él le enseñó a correr no para huir, sino para ganar. «¡Los blancos nos han hecho correr de muchas maneras y esta es la única en la que les podemos ganar bajo unas mismas reglas!», decía. Viejo chiflado. Para todo tenía una frase ingeniosa.

En el *ghetto* prácticamente no había perros. Si costaba la vida poder alimentar a la propia familia quién se iba a poder permitir el lujo de tener un perro. Así que cualquiera que escuchara ladridos de ese tipo en mitad de la noche comprendería que se había vuelto a abrir la veda. Cualquiera podría imaginar, contemplando la estufa, acostando a los niños, que mañana faltaría alguien. Quizás el rácano carbonero, Symon Ryfka; quizás Josk Steiner, su turno de reemplazo en el taller, quién sabe. Al menos quedó tranquilo por un instante al pensar que Maryam no podría escucharlos desde casa. Pudo verla por un segundo, tumbada del costado izquierdo, rodeada por Helene y el pequeño Mischa, esperando ese último cuerpo que terminara de calentar la cama. Estaba seguro de que no podría escucharlos. Tampoco lo harían en la otra habitación, donde su hermana, su cuñado y sus hijos intentaban dormir también, ella probablemente leyendo con el último suspiro de una vela, el *Cantar de los cantares*. No podrían oírlos desde allí, en el distrito Smocza. Jakub apenas sudaba, el frío mantenía todo en una extraña parálisis, como si lo único que se moviera fuese él mismo y sus pensamientos. Pudo sentirlo muy claramente en cuanto entró en la plaza Mirowsky. Los bancos y las farolas parecían petrificados, incluso las luces parecían cristalizarse en volúmenes estáticos. Ni siquiera nadie se asomaba para ver lo que pasaba. Los ladridos se esparcían por aquel inmenso espacio abierto, apagándose en la lejanía. Por un momento pensó que los había distanciado, pero con solo girar la cabeza pudo comprobar que no era más que un engaño acústico. Seguían ahí las dos parejas, obligados por aquellos enloquecidos perros a mantener un ritmo descomunal. Parecían los cancerberos de un Hades ario y uniformado, con los

ojos encendidos y el rostro desbocado. Cuando alcanzó la mitad de la plaza tuvo que decidir qué calle tomaría, o bien Wolska, estrecha y alargada, o bien Prosta, más libre de posibles obstáculos pero mejor iluminada. Hubiera preferido que solo hubiera un camino, que no hubiera que tomar una decisión, correr y solo correr, libre como aquel que nunca elige. Sobrepasó la última línea de luz circular y se dirigió casi instintivamente hacia Wolska, esperando despistarlos quizás en alguna bocacalle inesperada. Casi resbaló con aquellos zapatos de suela gastada. Pudo verlos en la caja, envueltos en un fino papel color marfil, mostrando por primera vez aquel brillo que ya nunca más se repetiría. Hacía años de aquello, quizás demasiados. En cuanto se adentró en la penumbra de la calle Wolska cruzó como una exhalación por un instante de silencio, una centésima de segundo en que cesaron los ladridos, un momento de paz apenas manifestada. Siguió corriendo como aquel que podría estar haciéndolo por última vez, como aquel que solo desea que la tierra no se acabe.

Red Johnson completó la primera vuelta en un tiempo nunca antes registrado. No le hizo falta comprobar el cronómetro de la recta de tribuna, lo comprendió al mirar la cara de asombro de aquel juez de pista enjuto y sonrosado. Le bastó apenas un instante. No experimentó miedo sino una extraña sensación de poder, una ciega confianza que no hacía sino confirmarse con cada zancada. Por un momento vio oscurecerse todo lo que estaba más allá de la línea de la calle interior. Se imaginó corriendo por un túnel de vacío envuelto de murmullos, luces y gritos. Sintió que no hubiera rozamiento alguno, como si incluso el sonido se apartara a su paso. No miró ni una sola vez atrás, sólo existía el próximo metro, el

prometido destino. Mary Lou lo estaría escuchando por la radio, metida en el cuarto, abrazando un cojín o apretando el brazo de su madre, balanceándose con los ojos cerrados, repitiendo una especie de mantra, «*come on, Red! Come on, Red!*» La vio saliendo aquel día del instituto, tocada por una luz única, escondiendo su tímida sonrisa tras la carpeta. Su hermano mayor, el bueno de Todd Barry, los presentó una vez hace años, cuando Mary Lou aún llevaba trenzas y mascaba chicle sin parar. Aquella primera sonrisa anticipó lo que en esa tarde años después tendría que ocurrir al salir del instituto. Se vio corriendo por su espalda, diminuto y decidido, deslizándose fugaz sobre su piel negra y resplandeciente. Papa Joe lo sacó de aquello, lo pudo ver sentado en la grada, extrañamente tranquilo, mirando sonriente al cielo. A su alrededor todos estaban de pie gritando enloquecidos, sin embargo él estaba sentado, sin ni siquiera mirar la carrera. Quizás no le hacía falta, la había visto ya mil veces en sus sueños. Quizás la vio ya aquella primera vez, el día en que se le acercó en el patio del instituto con aquel anticuado chándal. «*What's up, man?*» Aquel chico tenía tanta rabia contenida que solo encontraría un único cauce de salida, correr y sólo correr, el máximo tiempo que fuera posible. Entre carrera y carrera escuchaba jadeante las extrañas historias y consignas que el viejo le daba. Por un momento pareció comprenderlas todas, como si cobraran por un instante sentido en aquella carrera. Sintió que siempre hubieran estado hablando de ella y que solo ahora encajaran las piezas de aquel mensaje cifrado. Algunos pensarían que desfallecería en el último quinientos, quizás lo estuviera prediciendo ya algún comentarista blanco por su micrófono de la KCP. Pero Red no tuvo sensación de vértigo

ni por un segundo, comprendía estar corriendo entregado a un inminente destino. Sonaría la campana dentro de poco, como un prelude de lo que tendría que acontecer, y entonces ya no habría marcha atrás. Apretaría los dientes y sacaría aún más el pecho buscando esos últimos metros de gloria prometida. Ya no lejos aguardaba la victoria prevista.

La calle Wolska era tan estrecha que las pocas luces que había se limitaban a delgados conos que se sucedían intermitentemente. Jakub Bester los cruzó como una exhalación; en cuanto era iluminado durante medio segundo desaparecía engullido por la oscuridad que separaba los conos de luz unos de otros. Los alemanes lo verían fragmentado, como si fuera corriendo a cámara lenta mientras se acercaban cada vez más. Jakub estaba convencido de que, en cuanto estuvieran a la distancia suficiente, soltarían los perros para que dieran su *sprint* final, una última carrera que ya solo buscaba muerte. Tenía la certeza de que ocurriría en pocos metros; quizás no llegaría a la próxima esquina. Pero si lo lograba estaría obligado a girar, seguro a la derecha pues así lo visualizó por un segundo. Podría haber sido en la otra dirección, pero simplemente no lo vio. Si su no lejana memoria de adolescente en bicicleta no le fallaba, tenía el convencimiento de que girando a la derecha tendría la posibilidad de encaramarse a las rejas de la panadería del señor Wassermann. Era una finca baja y quizás pudiera, con un último quiebro al destino, elevarse hasta la azotea. La esquina se acercaba sin ser siquiera vista, como la intuición de un salvavidas en medio de la oscuridad. Devoró los metros restantes henchido por aquella última esperanza. Hizo el giro a la derecha rozando el oxidado remate de la esquina, ansioso por encontrar, al final de la acera opuesta,

la panadería del viejo. Pero no, en cuanto giró pudo ver no muy lejos, al fondo, un muro completamente inesperado. Simplemente, no estaba allí la última vez que pasó caminando. Pudo recordar, como un destello, aquel callejón estrecho que se enfilaba hasta el ensanche de Stawky con Mila. Pero no, allí estaba ese muro; aún se veía el cemento reciente aplastado entre ladrillos de germánica simetría. Comprendió al instante que no podría volver sobre sus pasos. De pronto sintió como si una tonelada de vacío le cayera dentro del pecho. Paró justo antes del muro, inclinó las piernas y puso las manos sobre las rodillas. Tenía la respiración desbocada. Le ardía la garganta. El pesado abrigo terminó de vencerlo. No tendría fuerzas ni para suplicar. El estómago se le contraía con cada respiración, comprimiendo aquella masa de vacío cada vez más ingente. Escuchó los perros acercarse, ladrando muerte, sabedores ya de la sangre cercana. Cerró los ojos con calma. Dejó el juicio en suspenso, no vio ni recordó ni una sola imagen, como si la muerte le fuera a conceder un último deseo, el olvido.

Red Johnson encaró la última recta como un ángel negro, alado y espléndido. Divisó la línea de meta, encendida de reflejos. Avanzaba como si corrieran en él cientos de piernas; escuchaba nombres desconocidos, repetidos a ritmo frenético. Iba dejando una estela de cuerpos que se extinguían al segundo. Como si otros estuvieran corriendo dentro de él y cuando ya no podían más, fueran dejando su cuerpo. Parecía una carrera de rápidos relevos. Sentía que con cada metro que recorría se fueran despegando sucesivas pieles, lo que le hacía sentir cada vez más ligero. Por un instante se vio habitado por multitud de personas que habían corrido en algún momento, algunas de rostros familiares, otras totalmente desconocidas.

Era como si todas aquellas carreras acabaran allí. Pudo ver a Mary Lou, saltando sobre la cama y gritando histérica. Papa Joe estaría ya subiendo la grada, sin necesidad de mirar, marchándose con lágrimas en los ojos. Incluso los blancos saltaban y aplaudían. Papa Joe los miraría seguro con una sonrisa, como si le estuvieran pagando una deuda de siglos. Red extendió los brazos y los soltó hacia atrás mientras abría las manos. Sintió dejar el último cuerpo atrás, el más antiguo de todos, el más pesado, y entonces cruzó ingrávido la línea final, como si esa última zancada se hubiera dado sobre el aire. A los cuatro o cinco metros paró, no se inclinó ni bajó la cabeza ni por un segundo. De pronto lo vio todo muy lento y poco a poco los enloquecidos gritos de las gradas comenzaron a desaparecer, como si se acercaran y se alejaran mientras desaparecían. Todo quedó en silencio finalmente, girando lentamente la cabeza hasta que la dirigió al cielo. Aquello era el destino prescrito, la victoria ineludible.

El 16 de marzo de 1941, Red Johnson batió el record mundial de los 1.500 metros con un tiempo de 3 minutos y 47 segundos en el Western Arena de Chicago. En el mismo instante en que cruzó la meta, moría Jakub Bester en Varsovia. Corrió exactamente la misma distancia, 1.500 metros. Los completó en 3 minutos y 40 segundos. Su sangre quedó cubierta de serrín sobre los adoquines del ghetto de Varsovia.